

Las películas del invierno

de JUAN MAYORGA

PERSONAJES

DAMIÁN
CECILIA
ANTONIO

Los tres tienen dieciséis años.

(En verano, en el campo. CECILIA viene corriendo. Señala en el suelo la embocadura de una cueva apenas visible por la zarza y la maleza.)

CECILIA: ¡Por aquí! ¡Se ha metido por aquí!

(DAMIÁN llega jadeando.)

DAMIÁN: ¿Por dónde?

CECILIA: Por aquí.

DAMIÁN: ¿Estás segura?

CECILIA: Lo he visto bajar por esta cuerda. Lo he visto atarse la cuerda y bajar.

DAMIÁN: Está tonto. ¿A quién se le ocurre?

CECILIA: ¿Vamos?

DAMIÁN: Yo ahí no me meto. A saber qué habrá ahí abajo. Esa cuerda estará ahí por algo. Un mendigo o alguien. ¿A qué huele?

CECILIA: Entonces, ¿no vamos por él?

DAMIÁN *(A la cueva.)*: ¡Ya puedes salir! ¡Has ganado! ¡Eres el mejor!

(Silencio.)

DAMIÁN: Bueno, majo, ahí te quedas. ¡Cecilia y yo nos vamos a nadar!

CECILIA: No pensarás dejarlo ahí.

(Silencio.)

DAMIÁN: Nada, a esperar que el señorito se decida a salir.

(Se sientan a esperar. DAMIÁN canturrea.)

DAMIÁN: ¿Sabías que Elvis era en realidad una mujer?

CECILIA: Ni idea.

DAMIÁN: Todas sus letras estaban escritas en clave. Aquella de la cárcel, por ejemplo. Se refiere a cómo se sentía bajo una identidad de hombre siendo tía.

CECILIA: ¿En serio?

DAMIÁN: Lo trataban con hormonas. Por eso en los últimos conciertos parecía inflado como un globo. Le inyectaban hor-

monas masculinas, para invertirlo. En los últimos conciertos... (*Mira hacia algún lado.*) Éste es capaz de salir por otro lado y estar mirándonos desde una peña, partiéndose el culo.

(*Silencio.*)

DAMIÁN: ¿A qué hora te vas?

CECILIA: Mi padre quiere salir pronto, para no coger atasco.

DAMIÁN: ¿Vendrás algún fin de semana?

CECILIA: Está muy lejos.

DAMIÁN: Entonces, ¿no te vemos hasta el próximo verano?

CECILIA: Ya veremos qué pasa el próximo verano.

DAMIÁN: ¿No te ha gustado esto?

CECILIA: No depende de mí. Mi madre se aburre. Y cuando se aburre, está de mal humor. Pero a mi padre le viene bien este clima. Duerme mejor aquí. Así que ya veremos.

DAMIÁN: Supongo que tú tendrás algo que decir, si te lo has pasado bien.

CECILIA: Yo no pinto mucho.

(*Silencio.*)

CECILIA: ¿Antonio tiene padre?

DAMIÁN: ¿Antonio?

CECILIA: Como nunca se le ve...

DAMIÁN: Es que es diplomático. Siempre está de aquí para allá.

CECILIA: Ah, diplomático.

(*Silencio. DAMIÁN canturrea la canción de antes.*)

DAMIÁN: Se sentía muy desgraciado. Era el ser más desdichado del mundo.

CECILIA: ¿Quién?

DAMIÁN: Elvis. Le obligaron a casarse con una mujer para disimular.

CECILIA: ¿Quién le obligó?

DAMIÁN: La casa discográfica.

CECILIA: ¿No estás preocupado? ¿Cuánto lleva ahí abajo? Se puede haber dado un golpe. Se puede haber mareado. Huele a... ¿A qué huele? (*A la cueva.*) ¿Antonio? ¿Me oyes, Antonio? ¡Antonio!

(*Silencio. DAMIÁN se incorpora y empieza a tirar de la cuerda.*)

DAMIÁN: Le voy a dar una hostia... Qué hostia le voy a dar.

(*CECILIA le ayuda. Les cuesta mucho.*)

CECILIA: Como se rompa...

DAMIÁN: Como se rompa, nos vamos a nadar y que le den por culo.

(*Por fin, sale el extremo de la cuerda, y con ella ANTONIO, inerte. DAMIÁN y CECILIA lo tumban en el suelo. Comprueban que no está muerto, sino dormido.*)

DAMIÁN: Se está haciendo el dormido. (*A ANTONIO.*) Anda, déjate de chorradas, que se nos va el sol.

(*Le da tortitas en la cara, pero ANTONIO parece profundamente dormido. DAMIÁN y CECILIA no saben qué hacer. Todavía no lo*

han decidido cuando ANTONIO despierta. Se incorpora, mira a su alrededor con asombro, se despeja.)

ANTONIO: A unos dos metros hacia abajo, a un lado, la cueva se ensancha un poco y no es tan oscura, porque le entra luz por unos agujeros que por algún sitio deben de dar aquí arriba. Ahí estuve sentado, esperando, imaginándome las caras que estaríais poniendo aquí fuera. Hasta que te oí decir: «¡Has ganado! ¡Eres el mejor!». Pero al intentar subir vi que no tenía fuerza. Di voces, pero no debisteis de oírme. La verdad es que me puse un poco nervioso, porque ni siquiera sabía si me habíais visto entrar en la cueva, y empezaba a sentir frío. En estas, me doy cuenta de que, al fondo de la cueva, hay tres puertas. Se me ocurre que quizá alguna me puede llevar a la superficie. El caso es que elijo la de la izquierda. Detrás de ella hay un pasillo. Al fondo del pasillo, un hombre viejo, con barba, me hace una seña para que le siga. Señala un reloj y me dice: «Rápido, que va a salir el tren». Corro detrás del viejo y, en efecto, llego a una gran estación de la que está a punto de salir un tren. Lo hubiera perdido si una mujer no me ayuda a subir. Una mujer muy elegante, que me dice: «Tengo un billete de sobra, porque mi hijo se ha negado a acompañarme. ¿Quiere usted venir conmigo? No me gusta viajar sola». Acepto, aunque la voz de la mujer me desagrada. Por suerte, ella está en silencio todo el tiempo, mirando por la ventanilla. Yo también miro por la ventanilla, pero no consigo reconocer el paisaje, aunque me es muy familiar. Como si me adivinase el pensamiento, por fin la mujer me dice: «Llevamos seis horas de viaje. Tiene que tener hambre». Yo le digo que sí, que tengo hambre, y la

sigo hasta el vagón restaurán. Ella se enfada porque ningún camarero viene a atendernos. El mantel de la mesa es de cuadrados blancos y negros. En la mesa de al lado, usando el mantel como tablero, dos hombres juegan al ajedrez. Conozco bien al hombre que juega con blancas: es mi padre. Al otro jugador no lo conozco, pero me da pena, porque sé que mi padre juega muy bien, y porque se están jugando una mujer muy guapa cuya foto han colocado en el centro del tablero. De pronto, cuando mueve el caballo, me doy cuenta de que mi padre está haciendo trampas: no es así como se mueve el caballo. Yo quisiera avisar al otro hombre, pero no puedo traicionar a mi padre. Cierro los ojos para no ver lo que está pasando. Cierro los ojos. Con los ojos cerrados, oigo que mi padre dice: «Jaque mate». Desearía abrirlos, para comprobar si es cierto que ya no hay nada que hacer. Pero no me atrevo a abrirlos. Cuando por fin los abro, estoy aquí, fuera de la cueva.

(Silencio. DAMIÁN aplaude.)

DAMIÁN: Muy bien, muy bonito. Muy poético. ¿Vamos a nadar?

(Silencio. CECILIA se ata la cuerda a la cintura.)

CECILIA: ¿Me echáis una mano? *(A DAMIÁN.)* ¿Me haces un nudo aquí?

DAMIÁN: ¿Estás majara? ¿No has visto cómo ha salido éste, que lo hemos sacado medio muerto?

CECILIA: Quiero ver qué hay ahí abajo.

DAMIÁN: ¿No lo has oído? Tres puertas, una estación muy grande, un tren... Anda, vamos antes de que se nos vaya el sol.

CECILIA: Si sentís tres tirones, tiráis. O si en cuarto de hora no he salido. Si en cuarto de hora no salgo, tiráis para arriba.

DAMIÁN: ¿Cuarto de hora? En cuarto de hora da tiempo a que se te coman todos los bichos que debe de haber ahí abajo.

CECILIA: Cuarto de hora.

ANTONIO: En cuarto de hora te sacamos.

(ANTONIO *le ayuda a atarse la cuerda*. CECILIA *entra en la cueva*. *Silencio*.)

DAMIÁN: Pero qué hijodeputa eres... Primero te las das de gran explorador. La cuerda, ¿fue de casualidad o la tenías preparada? Y luego, te tiras el rollo con todo eso del tren. Lo del ajedrez te ha quedado cojonudo. ¿De quién es el cuento? Porque ese cuento no es tuyo. Eso del ajedrez para jugarse a una guapa no se te ha ocurrido a ti. ¿Cuánto te ha llevado aprendértelo de memoria?

ANTONIO: ¿Crees que me estaba quedando con vosotros? ¿Eso crees?

DAMIÁN: O sea, que lo has soñado.

ANTONIO: Y yo qué sé. ¿No has oído que antiguamente había brujas por aquí? Mi madre me ha contado muchas historias de brujas y de magos.

DAMIÁN: Eso te ha faltado: meter un mago. ¿O el mago era el viejo de las barbas? Cuando vuelvas a contarle, mete a Merlín. Si quieres impresionar de verdad a Cecilia, dile que el viejo es Merlín.

ANTONIO: ¿Crees que quería impresionar a Cecilia? ¿Me imaginas a mí con Cecilia?

DAMIÁN: No. La verdad es que no. No. Tres puertas, un viejo, un tren, un ajedrez... ¿Cómo era esa peli polaca que te

gustó tanto? Sí, hombre, ésa tan cursi que estuviste un mes hablando de ella. Ha sido como un refrito de todas las pelis que has visto este invierno. Todas las películas del invierno las has echado ahí.

(DAMIÁN *coge la cuerda*.)

DAMIÁN: ¿Me ayudas?

ANTONIO: No han pasado ni diez minutos.

DAMIÁN: ¿Me ayudas o no?

ANTONIO: Hemos quedado en cuarto de hora, pues cuarto de hora.

(*Sin la ayuda de ANTONIO, DAMIÁN tira de la cuerda. Con el final de la cuerda sale CECILIA, dormida. La tienden en el suelo y dejan que se despierte. CECILIA se troncha de risa, hasta contagiarse a DAMIÁN y ANTONIO. De repente, se echa a llorar. Tiene frío. DAMIÁN se quita la camiseta y se la ofrece. ANTONIO lamenta no haber estado tan rápido. CECILIA se pone la camiseta de DAMIÁN.*)

CECILIA: Las tres puertas. Elijo la del centro, que da a una biblioteca. En las mesas hay niños leyendo, pero no son libros infantiles, no son libros para niños. Hay un viejo barbudo ordenando los libros. El viejo trata con mucho cuidado los libros y riñe a los niños cuando arman jaleo. Me doy cuenta de que no ordena alfabéticamente. «¿Cuál es el orden?», le pregunto. «Del Bien al Mal», me contesta. Yo pienso: «Entonces, el último será el peor de todos». Como si me hubiera leído el pensamiento, el viejo me dice: «El último es el peor libro del mundo. Si quieres leerlo, tendrás que ponerte esos guantes. Pero no tienes por

qué leerlo si no quieres». Me pongo los guantes con dificultad, porque los dos son de la mano izquierda. El libro no tiene título, y está escrito a mano con una letra pequeña y redonda, como de niño. La primera frase es muy divertida, me hace mucha gracia, y los niños me miran y se contagian con mi risa. Pero la segunda frase es triste, y la tercera es peor. No quiero seguir leyendo, doy tres tirones a la cuerda, pero no sirve de nada y los niños se ríen de mí. Cuanto más leo, más frío tengo y más se burlan los niños. No quiero seguir leyendo. Cierro los ojos. Hasta que una niña me dice al oído: «Ya puede usted abrir los ojos, señora. El viejo ha devuelto el libro a la estantería». Pero yo no me atrevo a abrirlos. Cuando, por fin, los abro, estoy fuera de la cueva.

(Silencio.)

DAMIÁN: Podríamos montar un negocio, ¿no? Nos compramos este terreno, ponemos ahí una taquilla y cobramos por entrar en la cueva. Aquí podríamos poner un rótulo luminoso. ¿Qué tal «La cueva mágica»? ¿«La cueva de Merlín»? ¿Mejor «La gruta de Merlín»?

(DAMIÁN se ata la cuerda.)

DAMIÁN: Ya sabéis: quince minutos.

(Se mete en la cueva. Silencio. CECILIA canturrea la canción.)

CECILIA: ¿Tú habías oído que Elvis era en realidad una chica? Que le ponían hormonas.

ANTONIO: Eso que estabas cantando no era de Elvis. Era de aquella negra, ¿cómo se llamaba? Aquella negraza.

(Silencio.)

CECILIA: ¿Por qué vistes así?

ANTONIO: ¿Me está mal?

CECILIA: No es muy de moda que digamos. Es ropa de viejo.

ANTONIO: Como que es de mi padre. Mi madre la iba a tirar, pero yo la cogí. ¿No me está bien?

CECILIA: ¿Y tu padre?

ANTONIO: ¿Mi padre qué?

CECILIA: Que qué le parece que uses su ropa.

ANTONIO: No sé.

CECILIA: Lo ves poco, ¿no? Por su trabajo.

ANTONIO: Y tan poco.

(Silencio.)

ANTONIO: ¿Te lo ha dicho Damián, que mi padre es camionero?

CECILIA: No.

ANTONIO: Seguro que te lo ha dicho. Es un bocazas. Es mi mejor amigo, pero habla demasiado.

(Silencio.)

CECILIA: Eres raro.

ANTONIO: No tanto.

CECILIA: Eres zurdo.

ANTONIO: Eso sí.

(*Silencio.*)

ANTONIO: Se te ha manchado el pelo. De tierra.

CECILIA: ¿Dónde?

ANTONIO: Aquí.

(*Le quita tierra del pelo. Silencio.*)

CECILIA: ¿A qué hora ha entrado?

ANTONIO: A y diez.

CECILIA: ¿Lo sacamos?

ANTONIO: Venga.

(*CECILIA y ANTONIO tiran de la cuerda. Sacan a DAMIÁN, dormido. Esperan a que se despierte. Le duele la tripa y tiene náuseas. Tarda un rato en sentirse bien.*)

CECILIA: Vamos, di.

ANTONIO: Hay que contarlo. Tienes que contarlo.

(*Silencio.*)

DAMIÁN: Voy a abrir la puerta del centro, pero de la derecha viene una música muy animada, de orquesta. Delante de la puerta hay un fortachón con una lista de nombres. Encuentra el mío, lo tacha, me da un cartón con el número cinco y me abre la puerta diciendo: «Tenga cuidado con la diez. Son unos tramposos». La puerta da directamente a una pista de baile, pero nadie baila, los hombres están en el centro y las mujeres alrededor, hasta que un viejo, un viejo barbudo que va vestido como maestro de ceremonias, dice por el micró-

fono: «Uno – Dos – Tres», y hace una seña a una imitadora de Elvis para que empiece a cantar. Entonces, las mujeres corren a buscar a su pareja. La imitadora de Elvis lo hace muy bien, canta como él, se mueve como él, le hace a uno dudar, aunque claro, no puede ser el auténtico Elvis. La chica que tiene el número siete está en una esquina, mirando. No es guapa, pero es la única chica que no tiene pareja, así que me acerco a ella y le pregunto si quiere bailar. Ella me dice: «Él me prometió que vendría. Será que ha perdido el tren». No es la chica más guapa del mundo, pero baila bien, y tiene una sonrisa muy bonita. Cada rato, el maestro de ceremonias dice un número y entonces una pareja deja de bailar y se va de la pista. Hasta que sólo quedamos dos parejas: la siete y la diez. Yo veo que mi chica está muy cansada, y yo también estoy muy cansado, hace mucho calor, siento que me fallan las piernas. El de la pareja diez se da cuenta, sabe que si ahora entra una rápida, tendremos que retirarnos. Sin dejar de bailar, el tipo se acerca a la imitadora de Elvis y le dice algo al oído, al tiempo que le desliza por el escote un billete de cien. Mi chica me dice: «Está haciendo trampas delante de todo el mundo. ¿Es que nadie va a hacer nada?». Pero entonces la imitadora de Elvis me guiña un ojo y empieza a cantar *Loving you*. Como si me leyese el pensamiento, mi chica me dice: «!Tu canción favorita!». Y yo le digo: «Vamos a ganar. Tú sígueme». Y cuando el maestro de ceremonias dice «Diez» y la otra pareja se retira de la pista, cierro los ojos y mi chica me da el beso más grande del mundo. Y seguimos bailando y bailando toda la noche, con los ojos cerrados.

(*Baila con los ojos cerrados. Los abre. Silencio.*)

DAMIÁN: ¿Vamos a nadar o qué?

ANTONIO: Ya casi no hay sol.

CECILIA. Aunque no haya sol

(DAMIÁN, CECILIA y ANTONIO *caminan juntos.*)